

LECTOCRACIA

Una utopía cívica

Joaquín Rodríguez

© Editorial Gedisa. Edición no venal

gedisa
editorial

© Editorial Gedisa. Edición no venal

© Joaquín Rodríguez López, 2023

Montaje de cubierta: Juan Pablo Venditti

Primera edición, marzo de 2023

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
www.gedisa.com

ISBN: 978-84-19406-23-1
Depósito legal: B 3001-2023

Impreso en Sagrafic

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma.

Creo que el arma por excelencia de la reflexividad
crítica es el análisis histórico.

PIERRE BOURDIEU, *Los muros mentales*

Las buenas narrativas no proporcionan respuestas, pero sí ofrecen
preguntas continuas, y es este sentido de búsqueda de significado
el que permite a los seres humanos, jóvenes y mayores, estudiantes
y profesores, crear y dar forma a la historia de su vida, a ese viaje
desde el nacimiento hasta la muerte.

ROBERT P. WAXLER

Transforming Literacy: Changing Lives Through Reading and Writing

Que los niños lean poco no es culpa de los niños,
es culpa de los escritores «pesaos».
Para disfrutar leyendo tienes que elegir libros que te hagan
reír, que sean exagerados y mágicos.

GLORIA FUERTES

De vez en cuando se habla de prohibir tal o cual tira cómica: ¿no
sería más útil prohibir a los profesores que hagan odiar los libros,
convirtiéndolos en instrumentos de tortura más que de
descubrimiento?

GIANNI RODARI

*To be truly radical is to make hope possible
rather than despair convincing.*

RAYMOND WILLIAMS

*A Michaela, M^a Luisa, Isabel, Adriana, María Eugenia, Inma
y Candela, porque el futuro será de las lectoras, o no será*

© Editorial Gedisa. Edición no venal

Índice

Introducción. Edenes e infiernos lectores: qué es la lectocracia . . .	15
--	----

LA POSIBILIDAD DE UNA LECTOCRACIA

En la cola del paro.	29
La fe del juez Timothy Spencer.	43
La promesa de las comunidades lectoras	59
La convicción del profesor Ángel Llorca.	77
Avancemos, brigadistas, guerrilleros de la alfabetización	91
¿Qué libro te llevarías a tu acampada?: la voz de los jóvenes, las comunidades lectoras y el compromiso político.	105

LA IMPOSIBILIDAD DE UNA LECTOCRACIA

El mito de los orígenes o por qué Jean-Jacques no quería que leyéramos como lo hacemos	121
La opresión de las lectodictaduras: Mao, el gran bibliotecario . .	133
La interdicción de las lectocensuras: el índice de los libros prohibidos.	151
La destrucción de los lectoincendiarios: atacar a los libros para agredir a los hombres	165

La exclusión ejercida por los lectocánones: la paradoja fundamental de la alfabetización	179
El destierro de los hábitos de apariencia humanística y el ocaso de la lectura	195

LA INSUFICIENCIA DE UNA LECTOCRACIA

La era de las alfabetizaciones múltiples	211
--	-----

LAS RAICES Y LA RENOVACIÓN DE LA LECTOCRACIA

La etimología y la fuente de la eterna juventud	225
---	-----

ESTRATEGIAS PARA UN MINISTERIO
DE LA LECTURA Y EL PENSAMIENTO CRÍTICOS

La lectocracia como estrategia de política cultural universal y equitativa	233
Aprender a leer	237
Leer para comprender	251
Escribir para leer	261
Releer, rehacer, remezclar: apropiación y reinterpretación de lo escrito.	267
Leer multimodalmente.	273
Leer críticamente: que las preguntas acorralen a las certezas . . .	283
Leer cívica y empáticamente: calzarse zapatos con suelas de plomo.	295
Leer intencionalmente: aprendizaje conectado, investigación y acción.	305
Leer para no olvidar	315
Leer por placer.	321

CONCLUSIONES

25 ideas para fundamentar la posibilidad de una lectocracia . . .	333
Una utopía cívica.	337
BIBLIOGRAFÍA	355
ÍNDICE DE FIGURAS.	385

© Editorial Gedisa. Edición no venal

Introducción.

Edenes e infiernos lectores: qué es la lectocracia

Carl Sagan,¹ el célebre astrónomo, escritor y divulgador científico norteamericano, dejó escrito en su último libro, *El mundo y sus demonios: la ciencia como una luz en la oscuridad*,² que «los tiranos y autócratas siempre han comprendido que la alfabetización, el aprendizaje, los libros y los periódicos son potencialmente peligrosos. Pueden meter en la cabeza de sus súbditos ideas independientes e incluso rebeldes».³ Sagan citaba el ejemplo del Gobernador británico de Virginia en el año 1671 que daba gracias a Dios porque la imprenta no hubiera llegado a aquel territorio de ultramar, porque la escolarización no se hubiera extendido, porque el aprendizaje no hubiera traído hasta aquel momento nada bueno consigo, al contrario, había desatado la desobediencia y la herejía, y la nueva tecnología de la reproducción textual se había encargado de difundirlas y contagiarlas. «Que Dios nos guarde de ambas cosas», apostillaba aquel defensor británico de la ignorancia, el analfabetismo y las mentes y los cuerpos sometidos a los efectos inmovilizadores del discurso y la lectura únicos. Sagan se equivocaba, en realidad, en su diagnóstico, no en su valoración del papel que la lectura y los libros deben jugar en la salvaguarda de la racionalidad, la convivencia y la democracia, pero sí en la forma en la que él creía que los tiranos, los dictadores y los autócratas utilizaban los libros y la lectura para sus propósitos. En realidad, la historia nos demuestra de manera concluyente que los déspotas más sanguinarios tuvieron un trato ex-

LECTOCRACIA

quisito con los libros y la literatura; que armaron gigantescas maquinarias editoriales en las que el libro y la lectura jugaron un papel central en la construcción de sus imaginarios, no importa de qué signo u orientación fueran los sátrapas, qué clase de ordenamiento social promovieran, qué forma de pesadilla cruenta sostuvieran;⁴ que no rechazaban tanto, en otros casos, los libros y la lectura como ciertos libros y ciertas maneras de leer, porque lo que perseguían era imponer unos pocos libros y una única forma legítima de leer; que cuando recurrían a las llamas no era para destruir la forma primordial del libro o la práctica devota de la lectura, sino para devastar determinados libros junto a las ideas que propugnaban, en la convicción de que el terror administrado en pequeñas o grandes dosis es siempre una buena medicina para imponer la única forma lícita de leer; que incluso hasta el día de hoy no hay programa cultural o político que no se engalane con los oropeles de la propaganda del libro y la lectura, aunque luego se desmienta sistemáticamente el acceso real a su disfrute y su práctica, porque todo el mundo sabe que cualquier totalitarismo, de la orientación que sea, no se construye tanto sobre la destrucción indiscriminada sino sobre la extirpación quirúrgica de aquellos hábitos y aquellas ideas que puedan perjudicar su desarrollo. Hay que tener una capacidad de síntesis y una vocación poética muy acentuada para ser capaz de pintar en la pared de una biblioteca pública «menos libros y más España»,⁵ porque de lo que se trata, efectivamente, es de menguar la variedad de los libros disponibles, no de destruirlos por completo, ya que sería de tontos prescindir de una de las maquinarias de propaganda histórica más poderosa que haya podido existir. Los catecismos, de la temática y orientación que fueran, siempre han sido los cimientos sobre los que construir iglesias, sectas, ejércitos o agrupaciones descabelladas de toda índole.

Quizás, eso sí, hayamos sido incapaces de hacer realidad una de las promesas más vigorosas e ilusionantes que contenían los libros y la lectura: la de humanizarnos, la de armonizarnos, la de dotarnos de un espíritu de indagación irredento, la de convertirnos en sagaces y críticos pensadores. O quizás no, quizás la lumbre de la utopía cívica que representan los libros y la lectura no se haya apagado del todo, quizás quepa seguirle la pista a través de la historia como soporte de algunos

INTRODUCCIÓN. EDENES E INFIERNOS LECTORES

hitos de liberación revolucionarios, como los sosegados compañeros de pequeñas revoluciones educativas, como el sueño de una sociedad que emplea su atención y su tiempo en ilustrar su criterio, como el bálsamo capaz de sanar los espíritus más apesadumbrados, como una arquitectura que sigue teniendo pleno sentido en el siglo de las textualidades fragmentarias y digitales precisamente porque no es ninguna de esas dos cosas.

A menudo imaginamos que la lectura, fundamento del conocimiento y fuente de información, es un don que conviene propagar para que la Tierra se convierta en un edén solidario. Gente de buena voluntad, culta y compasiva, en nuestro planeta o en otro mundo ajeno al nuestro, se preocuparía por extender el beneficio de las letras a aquellos que no pudieran gozar de ellas. Puede que este impulso caritativo comenzara a vislumbrarse en nuestro planeta en algún momento del siglo XIX con la creación de las escuelas públicas y la progresiva universalización de la educación, porque lo cierto es que el proceso histórico de alfabetización de los pueblos había dividido a la población entre letrados e iletrados hasta el punto de constituirlos en dos especies prácticamente diferentes, al menos dos linajes vinculados a prácticas, recompensas y propiedades antagónicas. La sociedad estaba firmemente vertebrada en torno a dos géneros divergentes, los cultos y los incultos, los instruidos y los ignorantes y, en esa discrepancia social que se vivía como discrepancia natural, no podía resultar extraño que los doctos asumieran la noble misión de instruir a los brutos. Durante mucho tiempo la educación se pareció mucho a esa forma de domesticación que practicamos con nuestras mascotas: simplemente asegurarse de que saben seguir las instrucciones y que dan la patita. Estos asuntos de la promoción de la lectura y de la instrucción pública, del amaestramiento de las fieras con el fin de hacerlas convivir en paz, formaban ya parte de las inquietudes filosóficas de los sabios griegos, que andaban preocupados por desarrollar aquella disciplina que «no consiste en la crianza de caballos ni de otras bestias, sino que es ciencia de la crianza colectiva de hombres».⁶ Esa condición de pastor de rebaño atribuida al político forma parte de un debate que atraviesa la historia de la educación y de la filosofía y que, aunque lo hayamos olvidado, sigue plenamente vigente en la actualidad. Sin duda alguna,

LECTOCRACIA

pastorear el rebaño, moldearlo y disciplinarlo, ha formado siempre parte indisoluble de gran parte de las estrategias de alfabetización de la historia. No es solamente que «la escuela» haya sido «la más importante agencia oficial de control y socialización directa destinada específicamente a las nuevas generaciones»,⁷ sino que algunos Estados han llegado a desplegar una maquinaria alfabetizadora global cuyo propósito principal ha sido el de domar, adiestrar y domesticar basándose, fundamentalmente, en la lectura de un libro único o en la prescripción incontrovertible de lo que resultaba legítimo leer. Los libros y la lectura no son siempre liberadores, al contrario: la historia se empeña en mostrarnos que «los catecismos, esa peculiar literatura, van a ser utilizados para inculcar las nuevas verdades políticas»,⁸ da lo mismo el signo u orientación de la autoridad prevalente, da lo mismo que se hable de la Iglesia católica, el totalitarismo maoísta o la dictadura franquista, porque de lo que se trata es de utilizar los libros y la lectura para embotar a los lectores, para conseguir que todo se repliegue a su alrededor de tal forma que queden atrapados —como la luz en un agujero negro— en un espacio oscuro de certezas irrefutables compartidas por todos los que han quedado atrapados en esos textos únicos. No es de extrañar que Rousseau rechazara la imposición de la lectura como un supuesto instrumento liberador porque, al contrario, percibía que su influjo podía corromper la naturaleza sencilla y candorosa de la gente, un exceso de conocimientos innecesarios y seguramente arteros que entorpecían las deliberaciones del juicio inocente de las personas. En la Amazonía, muchos años después, empapado de la literatura de Rousseau y de la historia de las sucesivas conquistas e imposiciones catequéticas, un joven y barbudo Lévi-Strauss opinaba que, efectivamente, la alfabetización no era otra cosa que un instrumento de represión y dominación al servicio de los que eran capaces de imponer una sola forma de lectura.

Es verdad, no obstante, que desde el siglo XIX en adelante surgieron iniciativas que convirtieron a los libros, a la lectura y a la escritura en instrumentos para la liberación, en el reverso esplendoroso de la subyugación y el vasallaje. La idea de que leer y escribir pueden ayudarnos a comprender lo que sucede, a transformar por consiguiente nuestra percepción de las cosas y a contribuir a que seamos capaces

INTRODUCCIÓN. EDENES E INFIERNOS LECTORES

de concebir y forjar realidades alternativas, tiene un indiscutible componente utópico, una energía inductora del cambio que se revela contra lo aparentemente irremovible, contra lo supuestamente inalterable. Las utopías nunca son una mera ingenuidad, boba e invidente, que se conforma con levantar castillos sin cimientos en el aire, sino que son más bien la broca que horada un orificio en el muro que nos impide ver el horizonte. Sin la pujanza esperanzadora de las utopías, sin el deslizamiento de la mirada que promueven más allá de los límites de lo establecido, apenas seríamos quienes somos, seres hechos de mitos, sueños y lenguaje. Quienes han apelado a la función civilizadora de la lectura han subrayado, simultáneamente, como veremos a lo largo de las siguientes páginas, que el componente utópico de sus interpelaciones es irrenunciable, que no hay un futuro distinto al que la inercia demarque si no es abrazando lo aparentemente imposible, lo supuestamente irrazonable. En los fallos de algunos jueces sigue escuchándose hoy el eco de la convicción en la función reparadora de la lectura, en su condición remediadora, capaz por sí misma de devolver la cordura y el dominio de sí a quien lo había perdido momentáneamente. En los sueños de los pedagogos más utopistas, también, la lectura y la escritura son como ese músculo que se ejercita diariamente hasta ser capaz de levantar un peso hasta ese momento impracticable, como un superpoder que se adquiere progresivamente capacitando a cualquiera para entender el pasado, interpretar el presente y delinear el futuro. En los talleres de los artesanos y del proletariado industrial a lo largo del siglo XIX y buena parte del XX, la lectura en alta voz se convirtió en una suerte de faro desde el que iluminar un futuro limpio de las adherencias y opacidades del presente fabril, una luz con la que alumbrar posibilidades de transformación social insospechadas, una promesa de constitución de un cuerpo de opinión capaz de contestar a la ortodoxia inamovible de las clases dirigentes. En las revoluciones más populares y bulliciosas se elaboraron eslóganes que identificaron alfabetización con revolución y liberación, porque el analfabetismo y la ignorancia son como rayos paralizantes que niegan la voz y el voto a quienes deberían participar en la construcción de la sociedad, a quienes deberían ser los protagonistas legítimos de su transformación. En las plazas de muchas ciudades de todo el mundo, ya en nuestro

LECTOCRACIA

siglo XXI, miles de jóvenes demandaron una forma de representación política que implicara activamente a los ciudadanos y no olvidaron basar esta reclamación en los textos de los archivos y las bibliotecas que construyeron como sustento intelectual. Los jóvenes, aquellos de los que se dice que han arrumbado la lectura por prácticas culturales alternativas, cayeron en la cuenta de que existen capas de conocimiento acumulado que, como el fertilizante, permiten que germinen ideas y proyectos más ricos y robustos. Todo eso es verdad y la utopía de la lectura como una práctica liberadora nos sigue acompañando, aunque haya quien asevere que ha incumplido la promesa que contenía, que ha faltado a ese pacto intergeneracional que consistía en la transmisión de un mensaje que se trasladaba de generación en generación con el propósito de humanizarnos, progresivamente, paso a paso, abandonando ese estado de mutuo hostigamiento y violencia recíproca que nos caracteriza. Nadie debería seguir discutiendo sobre lectura, sobre la bondad o iniquidad de la lectura, sin haber intentado contestar a los interrogantes que plantea Peter Sloterdijk en *Normas para el parque humano*, ese pequeño gran libro que desahucia la lectura como instrumento útil para el despliegue del programa humanista. En estos seis siglos de difusión masiva de lo impreso ¿hemos sido incapaces de hacer de la lectura el fundamento de nuestra humanidad común? ¿Se debe eso a una incapacidad inherente a lo escrito, a una ineptitud intrínseca a la lectura o, más bien, a que es una práctica tan esencialmente ambivalente que puede ser utilizada para una cosa y su contraria, para lo mejor y para lo peor, para cimentar el pensamiento crítico y para promover la comunión ciega? ¿Quién ha incumplido entonces su promesa en el programa de humanización desplegado a lo largo de los siglos: la práctica de la lectura o lo que hemos hecho de ella? ¿Queda algo que podamos salvar de ese aparente fracaso, de ese incumplimiento programático? ¿Podría seguir siendo valiosa la lectura para la promoción del compromiso cívico o es meramente un instrumento anticuado y añoso puramente ornamental? ¿Tiene cabida la lectura, a secas, en un mundo en el que han explotado las tipologías de lecturas que requerimos para intentar comprender y gestionar la complejidad de la realidad y de nuestro destino como especie? ¿Qué lugar ocupan la alfabetización y la lectoescritura en un mundo en el

INTRODUCCIÓN. EDENES E INFIERNOS LECTORES

que ya somos capaces de leer y modificar nuestro código genético, en un mundo en el que los lenguajes y las lógicas de programación nos permiten gestionar los flujos de información, comunicarnos e interactuar de maneras completamente distintas con nuestro entorno, en un mundo en el que la lectura e interpretación de los patrones masivos de datos nos permiten comprender e intervenir sobre nuestra realidad mediante aproximaciones completamente diferentes, en un mundo en el que la lectura de las cartografías, el mapeo de los patrones de información y la representación de la complejidad visual nos muestra correlaciones y modelos inimaginables, o en un mundo en el que tendremos que reaprender a leer la miríada de voces y formas de expresión que pueblan la naturaleza? ¿No deberíamos ya reconocer abierta y claramente que la lectura no ocupa ni ocupará el lugar central que se le atribuyó a lo largo de buena parte de la historia de la humanidad?

A tenor de los datos es posible que no le falte razón al filósofo alemán, aunque quizás tampoco la tenga toda: solamente en aquellos países que son capaces de garantizar una estricta equidad educativa entre todos sus estudiantes, independientemente de su procedencia social y de sus antecedentes familiares, se alcanzan índices de alfabetización, éxito escolar, participación democrática y bienestar social adecuados. Lo contrario suele ser, sin embargo, la aberrante norma: por mucho que se desgañen las campañas publicitarias y los programas de alfabetización nacionales en vocear la necesidad de que todos disfrutemos de la lectura, lo cierto es que en países como el nuestro los índices de fracaso y abandono escolar muestran que la fuerza se nos va por la boca. No es posible fomentar el interés por los libros y la lectura si la escuela les resulta (a todos esos alumnos que desertan y fracasan) ajena, si los lenguajes que la academia utiliza les parecen extraños, si las expectativas de realización cultural de los jóvenes no coinciden en punto alguno con las propuestas canónicas de los currículum escolares, si no existe empeño por compensar activamente las diferencias de origen, que son diferencias de prácticas, hábitos y lenguajes. En realidad, este asunto de la igualdad y la equidad y de las correlaciones positivas masivas que se generan en las sociedades que las practican sería una cuestión de Perogrullo si no fuera porque llevamos toda la

LECTOCRACIA

historia de la humanidad peleándonos por establecer cuál es el mejor método de pastoreo, como deliberara Platón en la *Política*. Existen pruebas más que fehacientes que nos muestran que la correlación entre pobreza e índices de alfabetización bajos persiste a lo largo de toda la vida, dibujando un círculo vicioso en cuya circunferencia caben malos e inestables trabajos, bajos salarios y desinterés perpetuo por las prácticas culturales que tenemos por recomendables, además de un sinfín de patologías sociales que acaban traducándose en padecimientos personales.⁹ Para que la promesa que encierra la lectura se cumpliera sería necesario, antes que nada, que los países corrigieran esa tendencia del gradiente social que documenta cómo las personas que provienen de las clases más depauperadas económica y culturalmente fracasarán en la escuela con más asiduidad, obtendrán peores trabajos, tendrán una salud más precaria, participarán de una manera mucho más ocasional en las deliberaciones colectivas, se sentirán menos concernidos por los problemas globales y no compartirán en absoluto los gustos y prácticas culturales de los nacidos en entornos más apropiados y ventajosos. Si hacemos caso a los datos que arrojan de manera persistente los organismos internacionales en asuntos relacionados con alfabetización, comprensión lectora y fracaso y abandono escolar, tendremos que reconocer que nos hacemos trampas a nosotros mismos, porque decimos promover aquello que negamos. Las reformas educativas, dicho sea de paso, casi nunca van de problemas técnicos, ni siquiera de rediseños curriculares, sino, simple y llanamente, del aseguramiento de la equidad.¹⁰

Puede que el fracaso no sea, como suponía Sloterdijk, de la lectura en sí misma, sino de ese entorno social que ha hecho cosas inverosímiles y mágicas, al mismo tiempo, con la lectura. Pero convendría demostrarlo y, para hacerlo, disponemos del análisis histórico, de la sociología y de los datos estadísticos, un tridente que quizás nos permita vislumbrar cómo podríamos hacer cierta esa utopía cívica que sería la *lectocracia*.

No pretendo ya reclamar para la lectura la centralidad que tuvo año, porque deberá convivir con otras formas de lectura igualmente necesarias para desentrañar la complejidad del mundo en el que vivimos, pero sí creo que convendría de una vez por todas entender cuál

INTRODUCCIÓN. EDENES E INFIERNOS LECTORES

es el papel que se le debe atribuir, qué podemos esperar de ella, de qué forma puede ayudarnos.

Conviene excavar en la etimología de las palabras para comprender todo su potencial: LECTOCRACIA: leer proviene del participio latino *legere* que, a su vez, procede de la raíz indoeuropea **leg*. En el camino de los sucesivos siglos la *e* del verbo latino en infinitivo se acabó perdiendo, como en tantos otros ejemplos, hasta encontrarnos con el verbo *leger*. Dicen los filólogos, además, que las consonantes oclusivas latinas tienden a suavizarse y que la *g* interpuesta acabaría por desaparecer en la pronunciación. En todo caso, el significado de *legere* es el de *escoger*, *elegir* o *seleccionar*, incluso el de *preferir*, *optar* o *decidirse por*.

Si hacemos caso a Pedro Olalla (cómo no hacérselo),¹¹ *logos*, el antiguo concepto griego que identificaba pensamiento y lenguaje y que vino a significar, polisémicamente, consideración, argumento, palabra, discurso, relato, etc., provenía del verbo *logo*, un término generado a partir de un gesto, el de la acción de escoger, juntar o capturar con los dedos algo que flota en el aire. Remontándonos en el fértil río de las etimologías, la raíz primigenia de *logo* sería la mencionada *Leg*, que es el hilo en el que se ensartan verbos como *colegir* y, también, *leer* (*legere*), que no podría significar otra cosa que «ir uniendo» las letras como «cogiéndolas con pinzas» para obtener un sentido final. Seleccionar y recoger las cosas con criterio, juntarlas para configurar un mensaje determinado, captar con preferencia unas cosas sobre otras.

En el caso de *cracia* se trata de una voz de origen griego, *kratia*, que se utiliza como uno de los dos componentes léxicos radicales que significa *calidad de poder* o, también, *fuerza*. Otras traducciones sugieren la posibilidad de comprenderla como *gobierno*. Si nos regimos por la opción más literal deberíamos entender el neologismo de *lectocracia* por la *calidad de poder elegir*, por la *fuerza de poder decidir*, por la *opción de preferir* una u otra cosa. Para que un juicio madure lo suficiente para poder elegir, decidir o preferir por sí mismo, para que disponga de esa cualidad intransitiva de gobernarse a sí mismo, de reclamar para sí la posesión de su propio criterio, es necesario que crezca en autonomía e independencia, que sea capaz de acopiar la fuerza suficiente como para desvincularse del amasijo indiferenciable de los lugares comunes.

LECTOCRACIA

La *lectocracia*, en suma, sería el ejercicio de la lectura como fundamento del espíritu crítico, del pensamiento capaz de trascender las convicciones más larvadas, las certidumbres más escondidas, todo aquello que aceptamos irreflexivamente como un *a priori* incontestable y que es tan difícil de reconocer como tal precisamente porque duerme agazapado entre nuestras evidencias más irreflexivas.

La etimología vuelve en nuestra ayuda: el término *doxa* es un término griego antiguo (δόξα) que proviene del verbo *dokein* (δοκεῖν) y significa *aparecer, parecer, pensar o aceptar*, es decir, dar por bueno un pensamiento prestado, una locución heredada que encierra principios de percepción que orientan nuestra manera de deliberar y actuar sin que seamos siquiera conscientes de ello. La *lectocracia* sería, en suma, el esfuerzo colectivo por convertir a la lectura en la desveladora de la *doxa*, en la desenmascaradora de nuestras especulaciones subterráneas, en el principio de acción reflexiva sobre el que edificar nuestra libertad de pensamiento.

En el infecundo debate sobre el papel de las humanidades en la educación¹² bastaría con recuperar el papel transversal de la lectura como posibilidad de autoconstrucción individual y colectiva siempre que se respetara escrupulosamente la genealogía de las palabras y se procurara que alcanzasen su zénit: darnos a todos la fuerza para escoger de manera soberana y crítica aquello que nos conviene. No habría lectura ni posibilidad alguna de *lectocracia* si no se respetara la etimología de las palabras, las raíces que les prestan sentido, la aspiración a no dejarse hablar por nada ni nadie, la ambición de regir críticamente sobre las propias elecciones. Toda torcedura o manipulación, todo esfuerzo centralizado por imponer una única lectura legítima, no podría ser denominado lectura, menos aún *lectocracia*, porque pervertiría el ideal hacia el que apuntan los términos.

En el fondo deberíamos aspirar a tener solamente ideas peligrosas porque, tal como defendía Oscar Wilde, no hay ideas dignas de llamarse tales que no lo sean, ideas sustentadas en el inmenso archivo de la memoria vegetal de la humanidad, maceradas en nuestra conciencia, convertidas en principios independientes de pensamiento y acción. *Lectocracia*, en suma, como un ejercicio personal y colectivo que reclame la vigencia de la utopía humanista, que rescate esos principios de la ascesis lectora compuestos de paciencia y tenacidad, indagación

INTRODUCCIÓN. EDENES E INFIERNOS LECTORES

y reflexividad, contención del juicio y escucha activa, fundamentos todos del espíritu y el pensamiento críticos.

Notas

1. Carl Sagan, <https://www.carlsagan.com>
2. Sagan, C., *The Demon-Haunted World: Science as a Candle in the Dark*, Ballantine Books, 2011. Existe traducción española: *El mundo y sus demonios: La ciencia como una luz en la oscuridad*, Editorial Crítica, Madrid, 2017.
3. Sagan, C., 2011, *op. cit.*, págs. 345-346.
4. Para una historia de cómo el partido nazi utilizó los libros y la lectura, puede leerse el capítulo primero de Rodríguez, J., *La furia de la lectura. Por qué seguir leyendo en el siglo XXI*, Tusquets, Barcelona, 2021.
5. Pintada realizada en el año 2022 en la fachada de una biblioteca pública de la ciudad de Barcelona (foto tomada por el autor).



6. Platón, «Político», en *Diálogos V*, Gredos, Madrid, 1988, 267d.
7. Varela, J. y Álvarez-Uría, F., *Arqueología de la escuela*, Ediciones Endymion, Madrid, 1991.
8. Varela, J. y Álvarez-Uría, F., *op. cit.*, pág. 150.
9. Resulta indispensable consultar, a estos efectos, Wilkinson, R. G. y Pickett, K., *The Spirit Level: Why Greater Equality Makes Societies Stronger*, Bloomsbury Publishing, 2011. Existe edición en español: *Igualdad. Cómo las sociedades más igualitarias mejoran el bienestar colectivo*, Capitán Swing, 2019.
10. OCDE, *Equity in Education: Breaking down Barriers to Social Mobility*, PISA, OECD Publishing, 2018, pág. 192.
11. Olalla, P., *Palabras del Egeo: el mar, la lengua griega y los albores de la civilización*, Acentilado, Barcelona, 2022, págs. 15-18.

LECTOCRACIA

12. Es aconsejable leer Nussbaum, M. C., *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*, Katz Editores, Barcelona, 2010. La polémica puede rastrearse hasta nuestros días sin aparente resolución: Menand, L., «What's So Great About Great-Books Courses?», en *The New Yorker*, 13 de diciembre de 2021, <https://www.newyorker.com/magazine/2021/12/20/whats-so-great-about-great-books-courses-roosevelt-montas-rescuing-socrates>

© Editorial Gedisa. Edición no venal

gedisa_cult.

Gedisa_cult. es el resultado de una cuidadosa selección de obras de nuestro amplio fondo editorial que han marcado tendencias y han asentado conceptos teóricos fundamentales en el ámbito de las ciencias humanas y sociales. Su edición en esta serie conmemorativa les devuelve su peso específico como grandes clásicos universales.

Gedisa_cult. nace con el propósito de agradecer a los lectores que han confiado en nosotros a lo largo de nuestra trayectoria y rendir homenaje a los autores que nos han permitido construir un sólido y prestigioso catálogo, que cuenta con más de 1.500 títulos.

Gedisa_cult. ofrece la ocasión para reconocer la excelente labor de librerías, bibliotecarios, distribuidores y todos aquellos actores que han intervenido en el proceso de difusión de nuestras publicaciones tanto en España como en América Latina.

Gedisa_cult. pone al alcance de nuestros fieles lectores libros imprescindibles y, al mismo tiempo, intenta cautivar a las nuevas generaciones que se interesan por los clásicos y las obras del acervo cultural e intelectual. Un regalo para todo lector inquieto, dispuesto a disfrutar de un buen libro.

EL EDITOR

Títulos de Gedisa_cult.

La búsqueda intermitente

Eugène Ionesco

Poema y diálogo

Hans-Georg Gadamer

Lenguaje y silencio

George Steiner

Antígonas

George Steiner

Pero yo vivo solamente de los intersticios

Peter Handke

El gran código

Northrop Frye

Las formas del olvido

Marc Augé

La mujer en silencio

Janet Malcolm

Hombres en tiempos de oscuridad

Hannah Arendt

Pensar / Clasificar

Georges Perec